

En ciento cuarenta poblaciones españolas se celebraron el viernes manifestaciones contra el terrorismo, que se convirtieron rápidamente, comprendida bien la lección de cuál es la esencia y contra quién se dirige el terrorismo, en acciones de masas en favor de la democracia y la Constitución y en contra del fascismo, que si ofrece en toda Europa indicios de renacimiento, en nuestro país cuenta con mayor número de adeptos que en ningún otro, mejor o peor disfrazados, y generalmente bien situados en lugares de poder.

Olvídemos las cifras. El número de asistentes a las manifestaciones ya no se cuenta más que en virtud de la conveniencia y de las intenciones de quien hace el recuento —lo cual es indicio de una pérdida de los valores neutrales y objetivos que está sufriendo España—; pero la realidad es que todo el país, a pesar de un clima adverso que en Madrid especialmente y en algunas otras ciudades desaconsejó la asistencia a muchas personas, pero que en cambio tuvo el valor de hacer ver que otras muchas ponían por encima de todo sus convicciones y su asistencia ciudadana, conoció estas manifestaciones que sin duda no harán desistir de sus actos a los asesinos y a quienes les dirigen y les manipulan, pero que son suficientes para demostrar que están solos y que su aislamiento quita el valor político a sus hechos y les convierte ya en delincuentes comunes, sin que ninguna idea, ninguna doctrina o ninguna finalidad les pueda justificar. Y puede hacer también meditar a sus padres espirituales sobre si la acción criminal que están llevando a cabo va a producir, finalmente, un resultado adverso a sus propósitos.

El viernes democrático

MANIFESTACIONES ANTIFASCISTAS

Varias consecuencias se pueden obtener de estas manifestaciones, tales como que estuvieron organizadas, por la índole de sus asistentes y por las consignas que se repetían en ellas, en megáfonos, voces desnudas y pancartas. Una de ellas es la existencia de una base unitaria que va desde el centro-derecha de la UCD hasta la extrema izquierda, pasando por todos los partidos parlamentarios —con la excepción de Alianza Popular—, en favor de la democracia. Una base unitaria no suficientemente explotada por los políticos, que la suelen confundir con necesidades u obligaciones de consenso y pacto. El pueblo español, y no sólo los afiliados a los sindicatos obreros y a los partidos políticos, realiza la necesidad de una unidad de base contra un enemigo común. Es una exigencia que deben escuchar los dirigentes que estaban presentes en la manifestación.

Ese enemigo común no puede recibir otro nombre que el de fascismo. Sean cuales sean sus diferentes nombres, sus siglas, su acción legal o su acción clandestina, todos aquellos que están contra la democracia, o que pretenden dotarla de nombres equívocos y de adjetivos inoperantes, pueden incluirse en el nombre común de fascistas, la misma diferencia de estilo entre la manifestación de Fuerza Nueva contra el terrorismo en las calles de Madrid, con sus

organizaciones paramilitares, sus banderas, y su uniformidad nazi y las que se celebraron en toda España el viernes pasado indican que hay un movimiento fascista, más apoyado en mecanismos de poder y en figuras bien relacionadas, y un amplísimo movimiento democrático nacional, que no excluye a la derecha, una derecha que tratará, sin duda, de instrumentalizar la democracia en su sentido propio, pero que rechaza el fascismo abierto. Las manifestaciones del viernes son manifestaciones de carácter antifascista.

En tercer lugar, la aparición continua de la palabra Constitución da un sentido inmediato a estas manifestaciones. Ya se había visto en la que se celebró como protesta al atentado contra "El País", y se seguirá viendo en todas las acciones individuales y de masas en los próximos días. El punteo de las bombas y de los disparos ha estado minutado conscientemente, sean quienes hayan sido en cada caso los protagonistas de los crímenes, como actos anticonstitucionales, como un intento de evitar por la vía de la violencia lo que va a ser inevitable por la vía del voto. Estas manifestaciones son, en cierto modo, un adelanto de lo que va a ser el referéndum. Pero es también un aviso de cómo se ha de instrumentar la política española una vez promulgada la Constitución.

No hay que desdanzar el sentido que tiene la manifestación de re-

chazo al terrorismo, según la frase consagrada de "venga de quien venga". Las alusiones al País Vasco —"Euskadi, sí; terrorismo, no"— lo indicaban claramente. El "venga de quien venga" perdía de todas formas su sentido equívoco: se sabe de quién viene toda la organización del terrorismo y con qué intención está hecho. Las autoridades harán bien en aprender esta lección y en apoyarse en sus fuentes, en sus orígenes.

Finalmente, las ciento cuarenta manifestaciones en toda España indican que hay una capacidad de resistencia y de acción contra cualquier intento de cambiar la situación democrática española. Esta resistencia no ha cesado nunca, a partir de la instauración de la dictadura de 1936-1939, y las cifras de detenidos políticos de partidos reconstruidos, desmantelados y vueltos a reconstruir, las publicaciones clandestinas y las acciones meramente individuales lo han ido demostrando. Si en esas condiciones prácticamente imposibles la soberanía del pueblo se ha seguido defendiendo, y se ha luchado por ella con todos los medios al alcance del pueblo —y en la palabra pueblo incluimos, en esta ocasión, todas las clases sociales—, ahora que los ciudadanos son conscientes de las posibilidades de su libertad y de su capacidad defensiva contra cualquier intento de cambiar las condiciones políticas son manifestaciones. No puede haber retrocesos.

Lo que decían las manifestaciones del viernes es esto: se quiere libertad y convivencia sin desórdenes, sin riesgos, sin amenazas y sin miedos. Hay una disposición común a defender esta convivencia, aun manteniendo la pluralidad dentro de ella. O manteniéndola sobre todas las cosas, porque la pluralidad democrática es una base de la convivencia.

Muchas lecciones para ser aprendidas, muchas lecciones para edificar sobre ellas las bases de una sociedad que se está dibujando ya, y que podrá establecerse y mantenerse si todos permanecen tan unidos, en esa defensa, como lo manifestaron el viernes quienes sintieron que no sólo se representaban a sí mismos, sino a millones de españoles que han optado por la democracia y por la Constitución y que rechazan toda clase de violencias encaminadas a imponer un orden minoritario. ■

